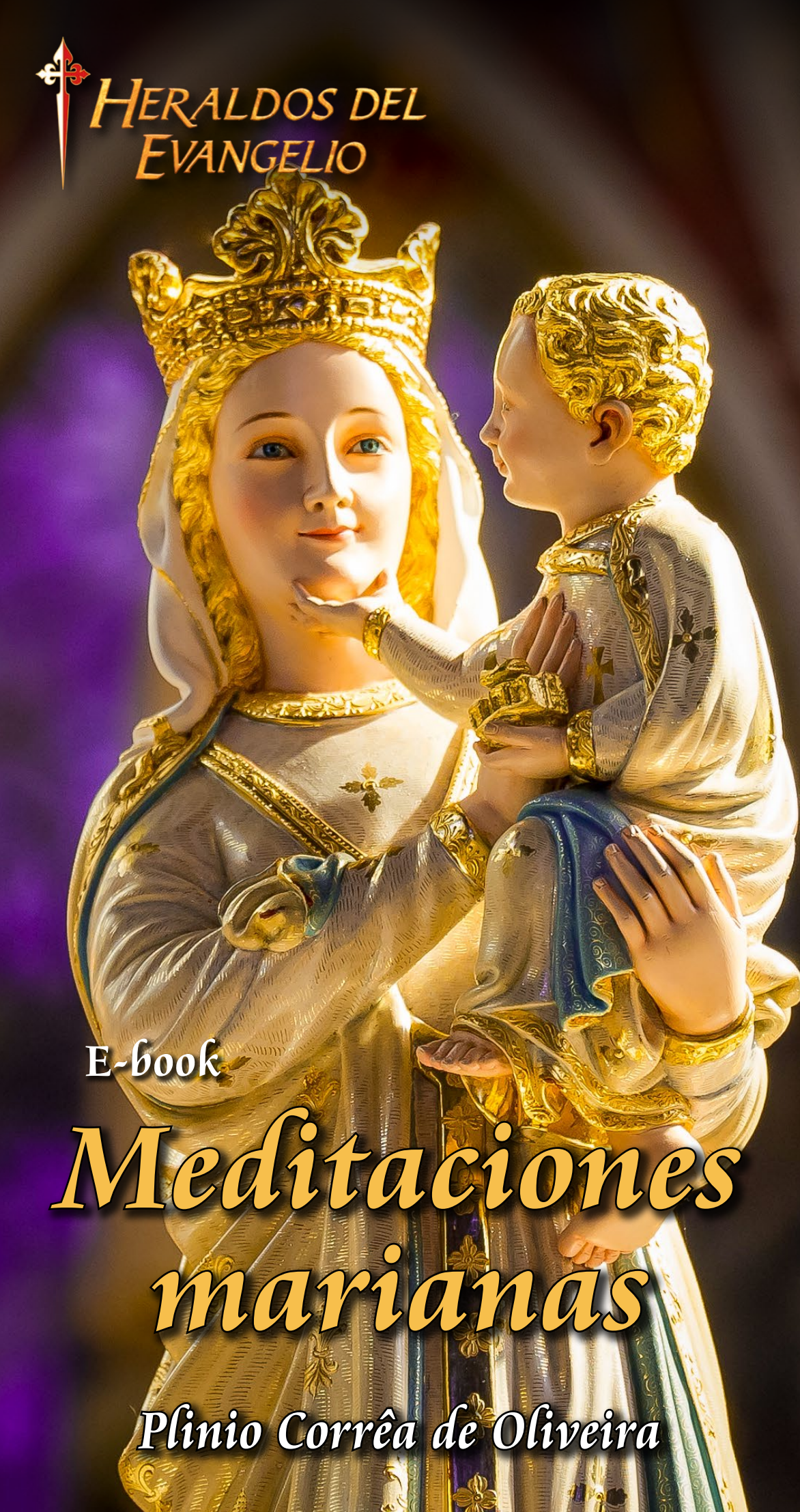




HERALDOS DEL
EVANGELIO

E-book

Meditaciones marianas

Plínio Corrêa de Oliveira

ÍNDICE

PREFACIO	3
NECESIDAD DE LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN	6
<i>Necesidad de la devoción a la Santísima Virgen</i>	7
<i>Trascendental importancia de la Encarnación</i>	8
<i>El papel de María Santísima en los planes divinos</i>	9
<i>Cooperación con el Padre eterno</i>	12
<i>Aplicaciones a nuestra vida espiritual</i>	14
<i>Piedad basada en principios, no en sentimientos</i>	16
HIMNO DE SABIDURÍA, HUMILDAD Y GRANDEZA	19
<i>La exultación en Dios, su Salvador</i>	20
<i>Legítima alegría por haber sido engrandecida</i>	21
<i>Misericordia sobre los que temen a Dios</i>	23
<i>Caída de los soberbios y enaltecimiento de los humildes</i>	25
<i>En María se cumple la promesa hecha a Abrahán</i>	28

PREFACIO

El mes de mayo está especialmente dedicado a María Santísima. Esta tradición, que según algunos tiene sus raíces en la Edad Media, se adoptó por analogía con un fenómeno natural que se producía durante este período.

En el hemisferio norte, mayo es el mes en que la primavera está en su apogeo y la naturaleza muestra nueva vida tras los rigores del invierno. Esto se tomó como símbolo de lo que ocurrió en la tierra con el consentimiento de la Santísima Virgen al mensaje del Arcángel Gabriel, que le anunció la Encarnación del Verbo de Dios.



Gracias a la Redención traída por Jesús a través de María, la tierra y sus habitantes encuentran una nueva vitalidad, porque han sido redimidos de la culpa de sus pecados y se les han abierto las puertas del Cielo.

Para que usted pueda vivir el mes de María con más profundidad, le traemos este pequeño libro digital compuesto de meditaciones marianas escritas por el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, maestro espiritual del fundador de los Heraldos del Evangelio.





¿Se ha preguntado alguna vez cómo sería el mundo sin la Santísima Virgen? Qué triste sería la humanidad sin una Madre tan amorosa a la que recurrir en las angustias de la vida. Así, en la primera meditación, el Dr. Plinio aborda precisamente la grandeza del papel de la Santísima Virgen en la historia y la necesidad de tenerle devoción.

Sin embargo, en María, la gran vocación iba estrechamente unida a una profunda humildad, como vemos en el himno que Ella misma compuso: el Magníficat. La Santísima Virgen conocía la predilección de la que era objeto, pero también reconocía que todo le venía de Dios.

Esperamos que esta lectura le ayude a crecer en la devoción y el conocimiento de la más perfecta de las criaturas: María Santísima, el Paraíso de Dios.

NECESIDAD DE LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

San Luis María Grignion de Montfort dedica el primer capítulo del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* a demostrar la necesidad de que seamos devotos de Nuestra Señora. ¿En qué sentido? Trátemos de explicar esa tesis.



Necesidad de la devoción a la Santísima Virgen

Para que se entienda a dónde desea llegar San Luis, se ha de leer dicho capítulo con mucha atención.

Empieza con un preámbulo y después desarrolla la demostración. En ese prólogo establece cuál es el alcance de la palabra «necesidad»: no intenta decir que Dios necesite absolutamente de Nuestra Señora para salvar a las almas, pues, como es omnipotente y perfecto, no tiene necesidad de nadie. Está por encima de todo y podría haber creado un mundo en el cual Nuestra Señora no existiera y las almas se salvaran sin Ella.

El necesario papel de María en la vida espiritual es, por tanto, de otro tipo. Una vez que Dios la creó y le dio, por un acto libérrimo de su voluntad, determinadas perfecciones y atribuciones, entre ellas la mediación universal, la devoción a Ella se volvió necesaria. En otras palabras, la Iglesia Católica no sustenta que a Dios le haga falta la existencia Nuestra Señora, sino que afirma que el Señor quiso que Ella fuera necesaria

SAN LUIS MARIA GRIGNON DE MONTFORT

TRATADO
DE LA VERDADERA DEVOCIÓN
A LA SANTÍSIMA VIRGEN

para nuestra salvación, y así lo dispuso según sus altísimos designios.

Trascendental importancia de la Encarnación

La demostración que San Luis Grignion hace de la necesidad de la devoción a Nuestra Señora está basada en el papel que Ella tuvo en la Encarnación. Vamos, ante todo, a situar bien el asunto.

La primera tesis que debemos recordar aborda la suma importancia que tuvo la Encarnación en la obra de la creación. Los teólogos discuten entre sí un punto con respecto a ello. Dicen algunos que si el hombre no hubiera pecado, el Verbo eterno no habría tomado nuestra carne; otros afirman que la Encarnación se produciría incluso sin la culpa original.

De ahí concluyen los primeros que, aun habiendo sido un mal, el pecado de Adán comportó una ventaja para el hombre; por eso la liturgia canta el Sábado Santo: *O felix culpa...* — ¡Oh, feliz culpa, que nos mereció tal Redentor! Es decir, sin la caída de nuestros primeros padres no habríamos tenido la felicidad de poseer al Salvador.

De una manera u otra, ya sea admitiendo esta o aquella tesis, debemos reconocer que la Encar-

nación del Verbo no es un episodio más entre otros en la historia de la humanidad, sino que es, como la Redención, un hecho culminante.

Al ser Dios Aquel que es, excepción hecha de la generación del Verbo y de la procesión del Espíritu Santo, nunca ha pasado nada que, ni de lejos, pudiera ser tan importante como la Encarnación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Se trata de un hecho relacionado con la propia naturaleza divina; y lo que concierne a Dios es incomparablemente más relevante que aquello que se refiere al hombre. La Encarnación trasciende a todo en importancia, y a ella está vinculada, de modo íntimo, la Redención.

El papel de María Santísima en los planes divinos

Por este motivo, el papel que Nuestra Señora desempeña en la Encarnación pone de relieve el altísimo alcance que Ella goza en todos los planes divinos, focalizando precisamente lo que éstos tienen de más importante y fundamental.

Nos parece admirable, por ejemplo, el hecho de que Nuestro Señor escogiera a Constantino para sacar a la Iglesia de las catacumbas; pero ¿qué es esto en comparación con haber elegido a María Santísima, desde toda la eternidad, para que en Ella fuera engendra-

do el Salvador? Absolutamente nada. Gran admiración le profesamos a San José de Anchieta porque evangelizó Brasil; ahora bien, ¿qué es evangelizar un país al lado de cooperar en la Encarnación del Verbo? ¡Nada!

Pongamos que se trata de salvar al mundo de la crisis actual y de restablecer el Reino de Cristo y supongamos que Nuestro Señor escoge a un solo hombre para dicha tarea. Consideraríamos formidable esa misión, y con razón. No obstante, ¿qué sería esto ante la misión de Nuestra Señora? ¡Nada! Ella se sitúa en un



plano sin comparación con el papel histórico de cualquier persona, incluso con el de San Pedro, a pesar de haber sido el primer Papa.

Con respecto a la Santísima Virgen uno siempre se ve obligado a repetir la expresión «sin comparación». Ella revienta el vocabulario humano. Existe tal desproporción entre Ella y las demás criaturas que la única cosa segura es decir «sin comparación»...

Recordadas estas nociones, hemos de concluir que estudiar la participación de Nuestra Señora en la Encarnación es analizar su papel en el acontecimiento más importante de todos los tiempos, junto con la Redención. ¿Y qué papel era ése?

San Luis Grignon responde considerando la participación de las tres Personas de la



**La Anunciación –
Museo Unterlinden,
Colmar (Francia);
y capitel de
la catedral de
Autun (Francia),
con una imagen
del emperador
Constantino
a caballo.**

Santísima Trinidad en la Encarnación y luego la cooperación de la Virgen María con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Cooperación con el Padre eterno

Conforme el lenguaje de las Escrituras, Jesucristo fue enviado al mundo por el Padre eterno para salvar a los hombres. El Antiguo Testamento, en una de sus profecías, afirma sobre Nuestro Señor: «Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad» (Sal 39, 8-9).

Jesucristo habla constantemente de su Padre celestial como siendo el que lo envió y se manifestó en Él en cuanto su Hijo amado. Fue al Padre a quien invocó cuando entregó su alma, diciendo: «A tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).

Ahora bien, si el Padre eterno nos mandó a Jesucristo, ¿qué papel tuvo María Santísima en ese acto?

Debemos considerar, en primer lugar, que el mundo no era digno de recibir a Nuestro Señor. Si nos fue enviado por el Padre eterno, lo fue a causa de la gloriosa Virgen, que imploró su venida. Y Él se lo entregó a María por ser la única digna de recibirlo.

Desde esta perspectiva se entiende mejor la queja que el Evangelio de San Juan contiene: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11). Los suyos no lo recibirían, pero Nuestra Señora lo acogería de modo sublime y por eso Él vino: porque la encontró en el mundo, en caso contrario no habría bajado del Cielo.

La aparición de Cristo sobre la tierra es, por tanto, fruto de la presencia y de las oraciones de la Virgen Santísima. De esta forma colaboraba Ella con el acto del Padre eterno por el cual Jesús fue mandado al mundo.

La fecundidad de Dios Padre es infinita, hasta el punto de que la idea que Él tiene formada de Sí mismo engendra una Persona divina. Pues bien, esa fecundidad fue transmitida a Nuestra Señora, para que Ella engendrara a Jesús y a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

María es, por consiguiente, Madre de los fieles, pero no sólo en el sentido alegórico y metafórico de querernos bien: lo es verdaderamente en el orden de la gracia. Y si esa maternidad divina existe significa que el Padre eterno le comunicó de alguna forma su propia fecundidad.

Aplicaciones a nuestra vida espiritual

Tanto del hecho de que Nuestra Señora mereciera con sus oraciones la venida del Mesías como de que recibiera la fecundidad del Padre eterno, podemos sacar lecciones para nuestra vida espiritual. Para eso debemos primeramente analizar el celo de la Santísima Virgen por la causa de Dios.

En su oración, sin duda observaba la situación de extrema miseria moral en la que



había caído el pueblo elegido y deseaba ardentemente que Israel fuera elevado nuevamente a su antigua condición. Consideraba también la decadencia de la humanidad, pues conocía mejor que nadie la cantidad de almas que se perdían en aquella era pagana, y veía que satanás imperaba sobre el mundo.

María Santísima hizo entonces, en la tierra, el papel que San Miguel había ejercido en el Cielo: su oración, rogando que Dios viniera al mundo, equivale al «*Quis ut Deus?* — ¿Quién como Dios?» del Arcángel. Ella es la que se levanta contra ese estado de cosas; sólo Ella tiene una súplica lo suficientemente poderosa como para asestar un golpe que todo lo transforma.

Luego la plenitud de los tiempos concluye: Nuestro Señor Jesucristo nace y toda la humanidad es reconstruida, regenerada, elevada y santificada. Las almas empiezan a salvarse en profusión, las puertas del Cielo se abren, el infierno es aplastado, la muerte es destruida, la Iglesia Católica florece sobre la faz de la tierra. Y todo ello como efecto de la oración de la Madre de Dios.

¿No es verdad que, también bajo este aspecto, Ella se nos presenta como un modelo? ¿Debemos o no querer en nuestros días la victoria de Nuestro Señor, como María Santísima la deseó en su época? ¿No hay una analogía absoluta

entre el ardor con que Ella quiso la instauración del Reino de Cristo en la tierra y el fervor con que debemos desearlo? ¿No es verdad que si su oración fue necesaria para la realización de la Encarnación, también es indispensable ahora para conseguir la victoria de Jesucristo en el mundo? Cuando nos extenuamos luchando por el triunfo de Dios, ¿nos acordamos de rezar a la Santísima Virgen? Y cuando le rezamos, ¿nos acordamos de pedirle esta gracia?

¿No sería una buena oración que, por ejemplo, al contemplar el misterio de la Anunciación durante la primera decena del Rosario, tuviéramos en mente a Nuestra Señora pidiendo la venida del Salvador, y le rogáramos a Ella que Jesucristo triunfe nuevamente en el mundo, con una futura victoria de la Iglesia Católica? ¿No tenemos ahí una buena aplicación de ese misterio para la vida espiritual? ¿No es así como ésta debe ser vista, vivida y conducida? ¿Esto no es mucho más sólido que un arrastrado murmullo piadoso?

Sin duda, es con estas verdades de fe como se alimentan la piedad y toda la vida espiritual.

Piedad basada en principios, no en sentimientos

Contemplemos a la Bienaventurada Virgen María apresurando, con su oración, la ve-



nida del Mesías. Ahora bien, si Jesús viene a nosotros también en la comunión, podemos y debemos pedirle a Nuestra Señora, cuando nos preparamos para recibir a su divino Hijo, que nos comunique algo de los sentimientos que Ella tuvo cuando lo acogió en el momento de la Encarnación.

Y si deseamos que alguien adquiriera el hábito de comulgar diariamente, ¿no será útil pedirle a Nuestra Señora que consiga para aquella alma la gracia de recibir cotidianamente a Nuestro Señor, recordándole la eficacia de la oración con la que Ella obtuvo la venida de Jesucristo al mundo?

Consideremos, por otro lado, la participación de Santa María en la fecundidad que po-

see el Padre eterno para engendrar los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

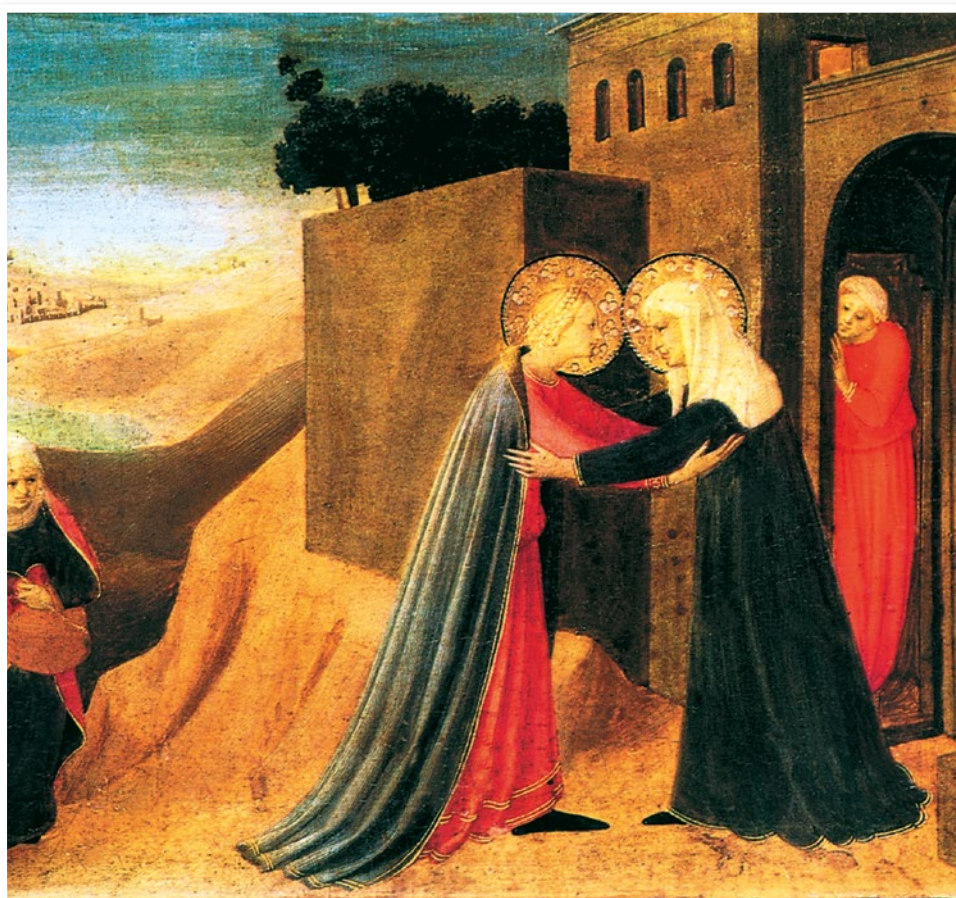
Cuando pasamos cerca de algún baptisterio, debemos acordarnos de hacer una oración a la Santísima Virgen, rogándole que nos conserve, hasta la muerte, en la correspondencia a la gracia del Bautismo. Fue en una pila bautismal donde entramos al seno de la Iglesia Católica, nacimos a la vida sobrenatural y, por la oración de Nuestra Señora y por la fecundidad de Dios nuestro Señor, fuimos engendrados como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, del cual María es su verdadera Madre.

Y si nos acordamos aún de que nacimos para la vida de la gracia por la misma omnipotente intercesión de la Santísima Virgen, entonces encontraremos que todo nos permite pedirle a Ella que nos conserve en las celestiales dádivas del Bautismo y nos colme con la virtud del sentido católico, coronación de esa unión extremadamente íntima con Cristo.

La piedad debe consistir en formar disposiciones de espíritu basadas en estos principios que enseña la Iglesia y la teología, y no en meros sentimientos. Tales enseñanzas engendran un amor a Nuestra Señora muy serio y muy sólido. Así es como se construye la verdadera devoción a María y se consolida la auténtica vida espiritual.

HIMNO DE SABIDURÍA, HUMILDAD Y GRANDEZA

Pronunciado por la Virgen María cuando fue a visitar a su prima Santa Isabel, el Magnificat es un maravilloso himno inspirado por el Altísimo, en el cual Dios canta su propia gloria a través de los labios de la más amada de sus hijas. También se trata de un hermoso mensaje, coherente, lógico y serio, transmi-



tido a los hombres de todos los siglos, por la voz virginal de María.

La exultación en Dios, su Salvador

El cántico comienza con la palabra *magnificat* —del latín *magnus*, o sea, grande— para enaltecer a Aquel que es la grandeza personificada. Reconociendo así que Dios merece este calificativo superlativo de alabanza y de honor en su gloria extrínseca, susceptible de aumento, por haber realizado en Ella, Virgen bendita, el cumplimiento de la mayor y más auspiciosa promesa divina hecha a la humanidad: la Encarnación del Verbo.

Su alma se apresura a desbordar su sentimiento de profunda gratitud, al proclamar que el Señor se revelaba de esa forma como el magno por excelencia. Y, a continuación, viene la alegría: «*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* — Y exulta mi espíritu en Dios, mi Salvador».

Exultar es sentir un júbilo intenso, no una satisfacción cualquiera, como la que podría experimentar alguien si supiera que sus inversiones le rindieron algo más de lo esperado. Esto sería una pequeña alegría comparada con la que expresa el vocablo *exultación*. Por eso María lo emplea, para decir que su espí-

ritu rebosaba de gozo con relación a Dios, su magnífico Salvador.

Esa felicidad se muestra mucho más intensa cuando, según el pensamiento que se completa en el versículo siguiente, Ella considera su pequeñez y ve cómo Dios la salvó de modo extraordinario, súper excelente, no sólo haciendo de Ella la Madre del Verbo Encarnado, sino al disponer que Ella tuviera durante toda la existencia de Jesucristo el papel admirable que conocemos.

Legítima alegría por haber sido engrandecida

Después de afirmar su exultación, la Santísima Virgen manifiesta entonces el motivo de esa inmensa alegría: «*Quia respexit humilitatem ancillæ suæ* — Porque ha mirado la humildad de su esclava».

Como consecuencia de esa atención del Señor para con Ella, «*ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*», he aquí que «todas las generaciones», o sea, todos los hombres hasta el fin del mundo, por su parte, van a enaltecerla llamándola «bienaventurada».

«*Quia fecit mihi magna qui potens est* — Porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí». Aquí se percibe, una vez más, el gozo

de María por haber sido objeto de un especial designio del Omnipotente: Ella, tan humilde, se hizo grande a causa de la fuerza de Dios.

Hay en este pasaje una interesante enseñanza que hemos de tener en cuenta. Al alegrarse con la grandeza divina, la Virgen se alegra al mismo tiempo con el hecho de haber sido también engrandecida por condescendencia del Señor, y sabe que esa magnitud suya le valdría la alabanza y la devoción de las generaciones venideras. Es una gloria única que la cubre de felicidad, y por la cual, llena de reconocimiento, le agradece a Dios.



Ahora bien, esa actitud de Nuestra Señora de aceptar, recibir y amar su propia excelencia demuestra cómo es legítimo alegrarnos con la grandeza que Dios eventualmente venga a concedernos. Siempre que, a ejemplo de María, ese júbilo esté fundamentado en el amor a Él, comprendiendo que dicha gloria establece una relación más íntima entre nosotros y el Creador.

«*Et sanctum nomen eius* — Y su nombre es santo». Es decir, «Dios actuó así conmigo, y procedió santamente». Esa fabulosa obra que el Señor realizaba en su Esclava venía marcada por la infinita perfección con la que Él modela todo lo que sale de sus manos omnipotentes.

Misericordia sobre los que temen a Dios

Tras haber manifestado de tal manera la grandeza de Dios y la suya propia, Nuestra Señora menciona el aspecto de la bondad: «*Et misericordia eius a progenie in progenies, timentibus eum* — Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación, sobre los que lo temen».

Significa que el hecho de que Dios la haya magnificado redundará en un provecho y en una obra de misericordia de la que se beneficiarán todos los hombres en todas las épocas de la

Historia. Pero con una restricción: «*Timentibus eum* — Los que lo temen».

He aquí otra importante lección que extraemos del Magnificat. El temor se divide en servil y reverencial. El temor servil es aquel que siente, por ejemplo, un esclavo cuando hace la voluntad de su amo pero con miedo de sufrir duros castigos si no obedece. El temor reverencial es aquel que alguien demuestra en relación con otra persona, no por miedo de las penalidades que le pueda infligir esa persona, sino por respeto y veneración a su superioridad, porque no quiere ultrajarlo ni violar la obediencia que le debe.

Un ejemplo maravilloso del temor reverencial lo encontramos en las ardorosas palabras que Santa Teresa de Jesús le dirige a Nuestro Señor: «Aunque no hubiera Cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera». Es decir, aunque Dios no lanzara a la gehena a los que se rebelan contra Él, no queríamos dejar de hacer su voluntad, por ser Él quien es y por los infinitos títulos que posee por encima de nosotros. Ésta es la forma altísima y nobilísima del temor reverencial.

Entonces, a los que aman a Dios con un amor tal que incluso lo temen —no sólo a causa del infierno, sino sobre todo por no querer desagradarlo en su infinita santidad—,

para ellos se abre la inagotable misericordia del Señor: *«Et misericordia eius a progenie in progenies, timentibus eum»*.

Cabe señalar que, muchas veces, la bondad divina no se ciñe a esta restricción, superándose en refinamientos de solicitud incluso para con los hombres que poco o ningún temor de Dios experimentaban antes de ser tocados por la gracia y convertirse.

Podríamos suponer, por ejemplo, que San Pablo en el camino a Damasco no tuviera temor de Dios. Pero cuando es alcanzado por un rayo cae del caballo, pierde la vista y enseguida oye la voz de Jesús que lo interpela; cuando se levanta, es ya otro hombre, y se convierte en el gran Apóstol de los gentiles. Una extraordinaria acción de la misericordia divina —muy probablemente a ruegos de María— se había extendido sobre un alma que hasta entonces no temía a Dios.

Caída de los soberbios y enaltecimiento de los humildes

«Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis suis — Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón».

Entendamos qué significa «hace proezas con su brazo». Se trata de una metáfora, por-

que Dios, puro espíritu, no tiene brazos. Sin embargo, en el hombre, el brazo es el miembro mediante el cual demuestra su fuerza y ejecuta los decretos de su inteligencia y de su voluntad. Por lo tanto, cuando María se refiere al «brazo de Dios» quiere hacernos ver que el Señor actúa enérgicamente con los soberbios y orgullosos, con los que se cierran a la acción de la gracia y no lo temen ni lo aman en sus corazones. Para con ellos Dios manifiesta el poder de su brazo.

El pensamiento se completa en el versículo siguiente: «*Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles* — Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes».

Por medio de la Encarnación del Verbo, Dios quiebra el poder con el que el demonio y sus secuaces atormentan a los buenos en este mundo. Entonces, derriba de sus tronos a aquéllos y enaltece a éstos que eran perseguidos.

Alguien podría objetar que a Nuestro Señor, en el juicio, le ocurrió lo contrario, ya que Anás, Caifás, Pilato y congéneres se encontraban en sus tronos cuando lo persiguieron y mataron.

Es verdad. Pero la historia no está contada hasta el final. Porque después de que Jesús fue asesinado, sucedió precisamente lo que

aquellos poderosos quisieron evitar: Él resucitó, triunfando sobre la muerte y sobre todos sus verdugos. Con Él, triunfaba la Santa Iglesia, vencían los Apóstoles y Nuestra Señora, los humildes hasta entonces despreciados. Y por siempre jamás serán éstos glorificados y enaltecidos, mientras que Anás, Caifás y Pilato serán mencionados con vituperio y horror. Entonces se demostró la veracidad del dicho: «*Deposuit potentes de sedes, et exaltavit humiles*».

Esa idea aún prevalece en la secuencia del cántico: «*Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes* — A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos».

Nuestra Señora no pretende hacer aquí alusión a los recursos materiales o financieros. Se refiere, ante todo, a los que se hallan carentes de bienes espirituales, a los indigentes de las dádivas celestiales. Los pobres de espíritu que, humildemente, suplican esas gracias, son atendidos por Dios según la abundancia infinita de su misericordia. Por el contrario, a los «ricos», a los que piensan que están enteramente satisfechos en su orgullo, los despide con las manos vacías, o sea, sin hacerlos partícipes del tesoro de sus dones sobrenaturales.

En María se cumple la promesa hecha a Abrahán

Finalmente, la Santísima Virgen vuelve a la idea central que inspira este himno maravi-



lloso: «*Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiæ suæ* — Auxilió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia».

Es decir, el pueblo elegido recibiría en breve al Mesías prometido desde milenios atrás, a quien Dios enviaría al mundo, recordando que su misericordia así lo había dispuesto. De ahí la conclusión: «*Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini eius in sæcula* — Como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

La promesa hecha a Abrahán, fundador de la raza hebrea, y a sus descendientes a lo largo de los siglos, de que el Salvador nacería de su progenie, acababa de ser cumplida. María ya llevaba en su claustro materno al esperado de las naciones. Ella, una hija de Abrahán, daría a luz al Hijo de Dios.

Y así el Magníficat, esta joya inapreciable, este maravilloso cántico de sabiduría, humildad y grandeza, concluye armoniosamente pensando en la Encarnación del Verbo, como lo había hecho en la primera estrofa.

